

1941

## LA TORTUGA, EL CANGREJO, LA CASA-BUQUE Y LA CASA-BLONDA

VELARDE Héctor

---

“Así como las tortugas tienen concha, los hombres tienen arquitectura. Las tortugas nacen con sus monumentos; los hombres hacen nacer los suyos...”

La arquitectura es la prolongación más directa y sólida del hombre sobre la tierra. Expresa su espacio y su tiempo con precisión absoluta. La arquitectura es un inmenso organismo viviente que el hombre crea para su protección y su gloria, que crece y evoluciona con el hombre y que morirá mucho después que el hombre. Esto último que quedara de él en este mundo...

Como todo organismo viviente, la arquitectura presenta dos aspectos fundamentales y de orden diferente: los caracteres hereditarios y la asimilación al medio. Esto se llama en arquitectura, tradición y posibilidades constructivas, exigencias de la naturaleza. Lo uno es lo ido que reaparece, lo otro es lo presente que se renueva, transforma y pone en marcha lo pretérito. En lo primero, está el espíritu de la arquitectura, en lo segundo, su cuerpo. Es recuerdo que vive y materialización que la afirma y lo proyecta. Es existencia de pasado y capacidad de presente. Es la historia y es el medio que se compenetran y unifican en solidez y belleza. Así nace la vida y el sentido de la arquitectura.

Ahora bien, en los organismos vivientes, los caracteres hereditarios y la asimilación al medio deben compensarse para que estos organismos sean perfectos y tengan un ritmo armonioso en su evolución. Cuando los caracteres hereditarios son más fuertes que el medio ambiente, los organismos principian a repetir sus formas sin variaciones, se debilitan cada vez más y se desvanecen. Cuando el medio supera a los caracteres hereditarios, los organismos presentan formas nuevas, cambian rápidamente, adquieren gran vitalidad y, muy a menudo, no los reconocen ni sus mamás.

En arquitectura sucede lo propio. Si la historia, la tradición, el pasado, superan al medio, como es nuestro caso en esta Lima suave la arquitectura tiende a repetir sus formas indefinidamente, contra viento y marea. Si el medio, las exigencias constructivas, las posibilidades materiales, el rigor del clima, etc., fuesen más fuertes que las imposiciones de los caracteres hereditarios, nuestra arquitectura limeña sería hoy día, seguramente, aerodinámica con una que otra voluta colonial de acero. Pero no es así, pasa felizmente lo primero, el medio ambiente es débil, bastante débil, y el pasado histórico fuerte, la tradición intensa. Esto es lo que prevalece y reina en nuestros organismos vivientes y en nuestra arquitectura. Es una característica natural, estable y poética que no admite vuelta de hoja. Ello explica nuestra afición por el pasado, nuestro ritmo lento hacia el futuro y nuestro deseo constante de que la arquitectura de hoy tenga algún sello colonial visible. Forzar ese ritmo sería ir contra la naturaleza misma, sería desbaratar al organismo viviente. Una actitud expresa, aislada y violenta parece hacer superar las condiciones de asimilación a nuestro medio tenue y modernizante sobre nuestros insistentes caracteres hereditarios produce fenómenos artificiales, molestos y escandalosos como las casas-buque, las casas-paracaídas, las casas-peine y los rascacielos Manhattan. Nuestro ambiente delicado no puede aguantar esas cosas. Las construcciones que hacemos en estos tipos parecen, por lo general sufrir de raquitismo, epilepsia o elefantiasis.

Todo esto tiene grandes ventajas pero no deja de tener algunos inconvenientes. Nuestra arquitectura es, y debe ser ante todo, espiritual, porque en ella predomina la tradición. Es poesía, gloria del pasado, amor a la tierra, fe. Nada puede ser más bello, pero hay que estar alerta y no dejar que todo sea solo caracteres hereditarios. La arquitectura, como los organismos vivientes, necesitan contar con el medio, por débil que éste sea, materializarse en él para que viva y perdure. Para ello se ayuda al medio, se le tonifica suavemente, se le renueva con cautela, como se renueva el aire, sin grandes corrientes, por medio del natural y pausado respeto a los nuevos materiales, a las nuevas condiciones de vida, a las nuevas técnicas. Nada más ingenuo, prudente y propio de todo medio donde quiera vivirse con salud y sin estrépito. Hay que enriquecer nuestra atmósfera, sin alborotarla, para que nuestra arquitectura presente sus caracteres hereditarios dominantes, vivos, y dignos. Hay que fortalecer el ambiente con cultura, con mucha cultura sobre la solidez y sinceridad en la belleza de las formas, con reposo, generosidad y nobleza, a fin que nuestro arte de construir tenga seriedad y trascendencia, se

evite que toda persona sensible, inquieta y preparación haga arquitectura, se impida lo heterogéneo, agitado y barato de todos los estilos internacionales y no zozobre reproduciendo sin fin nuestra arquitectura pasada, en retratos mal pintados sobre telones de quinchá o de concreto armado. Existe otro peligro: que la debilidad del medio no nos permita exteriorizar los recios caracteres hereditarios de la conquista, de la coraza de Pizarro, y que solo podamos imitar los vaporosos fustanes de la Perricholi en nuestra arquitectura presente.

Esto último nos aloca.

Dios quiera que esta debilidad del medio no nos lleve a confundir la segura y solemne tortuga de nuestro cuento, símbolo biológico de la arquitectura en marcha, con un liviano y frívolo cangrejo...” Fuente: ARTÍCULO DE REVISTA: Velarde, H. (1941). La tortuga, el cangrejo, la casa-Buque y la casa-blonda. *El Arquitecto Peruano*, 50, 8-9